

Llamo «novela del golpe de Estado en Chile» a aquellos discursos que *Crisis* puso en obra a propósito de dicho golpe de Estado queriendo con ello no disimular la «realidad» de unos «hechos» sino llamar la atención sobre el grado de ficcionalidad que es constitutivo del modo en que fueron relatados.

El enigma será, en ella –como en Walsh, como en la novela policial–, un tropo fundamental. Propongo pensar la novela del golpe como la búsqueda de una respuesta a tres enigmas o interrogantes básicos:

- a) *El enigma en torno de la muerte del presidente*. El primer enigma que *Crisis* buscará revelar será aquel que atañe a la muerte de la víctima principal. ¿Allende se suicidó o lo asesinaron?

«El presidente Salvador Allende se *suicidó* en las primeras horas de la tarde disparándose un *balazo en la boca*, poco después de que las fuerzas sublevadas le intimaran su rendición. Un fotógrafo del diario ‘El Mercurio’, conducido por efectivos militares hasta el segundo piso de la Moneda [...], dijo haber observado que en la antesala del comedor yacía el *cuerpo de Allende, inclinado sobre un sofá y en medio de un gran charco de sangre*» (*Clarín* 12/09/1973) [subrayado en el original]

El enigma de la muerte del presidente va a ocupar, básicamente, los primeros «capítulos» de la novela. Contra la versión «oficial» –y vigente aún hoy– del suicidio, *Crisis* emprenderá una investigación destinada a demostrar que la muerte de Allende constituye un asesinato.

Para ello, sugestivamente, abrirá el primero de los capítulos referidos al golpe con una estrategia que en la novela de enigma es fundamental: el ordenamiento cronológico de los «hechos» previos al crimen. El movimiento de dicha cronología es similar al de la transcripción «directa» de los testimonios de las víctimas del golpe. Si, por una parte, en el «Informe sobre Chile» toda mediación periodística, toda marca de subjetividad, se reduce al máximo de un modo tal que son los «hechos» los que parecen hablar por ellos mismos («1969. 21 de octubre. Alzamiento del regimiento motorizado de Tacna, en Santiago, con la dirección del general Roberto Viaux Marambio», VI, octubre de 1973, 64), es preciso reconocer, por la otra, que el sentido de tales hechos solo puede extraerse a partir de la relación que cada uno de ellos mantiene con todos los otros con los que entran en conexión, esto es, a partir del modo en que han sido engarzados, encadenados,

yuxtapuestos con los restantes. Un encadenamiento no dado sino construido y que, contra la hipótesis del suicidio, tiene por objeto no sólo probar el asesinato de Allende (la alta improbabilidad de su suicidio) sino, al mismo tiempo, poner en evidencia los principales sospechosos de haberlo cometido (aquellos sectores que, afectados en sus intereses, vienen conspirando contra el gobierno socialista incluso antes de la asunción del presidente). Lo irónico de la cronología (y lo que acentúa su carácter de constructo) será que semejante demostración, todavía, no podrá ser otra que una deducción lógica. Los sospechosos del crimen se han ocupado de ocultar y tergiversar las pruebas del delito acaso para siempre. Hortensia Bussi, viuda de Allende: «[...] me dijeron que [el cadáver] tenía muchos balazos en el estómago y en el pecho. A mí no me dejaron verlo. Todo fue hecho en secreto para que nadie lo viera» (VI, 67).

Podría establecerse una conexión entre el modo en que *Crisis* «resuelve» el enigma de la muerte de Allende y el método utilizado por el célebre detective Sherlock Holmes para revelar los crímenes en las novelas de Conan Doyle. Aquel método que Holmes llama «razonamiento hacia atrás» y que, según Thomas y Jean Umiker Sebeok, en *Sherlock Holmes y Charles S. Peirce: el método de la investigación* (Barcelona, Paidós, 1994), podría emparentarse con aquello que Peirce llamó abducción o retroducción. En la óptica de Sebeok, el razonamiento de Holmes tendría como punto de partida siempre una *hipótesis o conjetura* (a la cual se llegaría intuitivamente al cabo de la observación minuciosa de todos los detalles vinculados al crimen) y solo en un segundo lugar deduciría hacia atrás los acontecimientos que fueron necesarios para que los hechos se desencadenen según lo hicieron. De la misma manera, uno podría decir que *Crisis* parte de una conjetura inicial que es –contra la hipótesis del suicidio– que Allende fue asesinado y que la cronología no constituye otra cosa que una deducción hacia atrás, a modo de *racconto*, de la cadena de acontecimientos que fueron previos al crimen y que condujeron «necesariamente» a su perpetración. El hecho de que la mayoría de las pruebas inductivas del crimen sean esgrimidas *a posteriori* de la revelación del enigma es una buena prueba de que la revista parte de una hipótesis incluso antes de someterla a comprobación alguna. Un testimonio un mes posterior: «La información que circulaba en torno a la muerte de Allende era bastante concreta. Supe que uno de los médicos que le hizo el examen autopsico pudo constatar que su cuerpo tenía *no menos de 70 impactos de bala* [...] Esto, evidentemente, echa por tierra toda pretensión de la Junta de que el Doctor Allende se hubiera suicidado [...]» (VII, 69-70).

b) *El enigma en torno a las restantes víctimas*. Probado el asesinato de Allende, un segundo enigma concentrará la atención de la novela del golpe: aquel (o aquellos) que se abre(n) en torno de las víctimas de la contrarrevolución. ¿Cuántos son los muertos? («Un médico [...] me contó que la noche del martes 11 tuvo que firmar *cerca de quinientas actas de defunción*», 11); ¿cuál es el destino de los fusilados? («Un camarógrafo del canal 13 me contó que había visto un barco cargado de cadáveres; eran cientos de cuerpos amontonados *que iban a ser lanzados al mar*», 70); ¿existen en Chile campos de concentración? («[...] una de las principales preocupaciones de la Junta [...] fue levantar un gran campo de concentración. [...] *no hay que descartar la posibilidad de que ese campo que piensan construir* —a lo mejor ya se está levantando— *aparezca en cualquier momento*», 72) [todas las citas, *Crisis VII*]

Pero si estos interrogantes vienen a agregarse al interrogante central, el interés de *Crisis* no estará puesto tanto en descubrir a un asesino que ya se ha desenmascarado como en denunciar la impunidad con que lleva adelante sus actos delictivos. En un mundo donde el propio presidente puede ser asesinado impunemente, en un país donde la sociedad en su conjunto está en peligro, de lo que se trata es de suplir el rol de una justicia que falta.

Muchas de las narraciones que *Crisis* esgrimirá para probar tanto el estado de indefensión de las víctimas como la impunidad de los asesinatos parecerían, curiosamente, estar construidas según un modelo que es familiar a la novela policial negra que surge en los Estados Unidos en las primeras décadas de este siglo. Como en «Los asesinos», de Hemingway, como en las novelas de Dashiell Hammett, la sociedad chilena será descrita como aquella en cuya calma forzada y aparente la violencia irrumpe en el momento menos esperado. La frialdad —típica de la serie negra— con la que se describe el asesinato que sigue no tiene otro objeto que acentuar la atrocidad del crimen:

«En vísperas de Navidad, un muchacho de 22 años entró a una zapatería en el centro de Santiago y pidió que le mostraran un par de mocasines. Se los trajeron, se los puso para probárselos y en un momento de descuido de quien lo atendía, salió corriendo a la calle. [...] Entonces, un individuo que caminaba por la calle Ahumada [...] se dio vuelta *con toda calma*, sacó un revólver y disparó certeramente en la nuca del muchacho que corría, matándolo en forma

instantánea. La gente que presenció este *frío* crimen se indignó y rodeó al asesino intentando lincharlo. Sin embargo, a los pocos minutos llegó un vehículo policial, el individuo en cuestión mostró una tarjeta y se fue *tranquilamente* con los policías. [...] Obviamente, era un agente de la DINA, policía secreta de Pinochet, que viste de civil y tiene *licencia para matar*» (XXXVI, abril de 1976, 13)⁸.

- c) *El enigma en torno del destino de la revolución.* Pero, de los enigmas planteados, el que *Crisis* buscará responder centralmente es aquel que compromete al propio destino revolucionario. El golpe de Estado en Chile, ¿pone en cuestionamiento la revolución en Latinoamérica?

Tres son las respuestas que, básicamente, encontrará este interrogante. Las dos primeras casi se superpondrán la una a la otra. La tercera sólo tendrá lugar cuando aquellas se hayan extinguido completamente.

- i) El golpe de Estado, que no pone en juego el destino inevitable de la revolución, insiste en recordar la evolución dialéctica de la historia. La misma cronología cuyo objeto era demostrar el asesinato del presidente sirve para dar cuenta del modo en que *Crisis* respondió inicialmente al problema del destino de la revolución en Latinoamérica. El informe, que comienza con la historia de los levantamientos militares que jaqueaban al gobierno socialista incluso antes de la asunción de Allende, se cierra con los alzamientos populares que habrán de enfrentar al golpe de Pinochet.

Para los primeros capítulos de la novela los sucesos chilenos no harán sino corroborar aquella concepción de la historia según la cual la lucha entre fuerzas antagónicas, con sus consecuentes avances y retrocesos, es el motor fundamental de la evolución. *El golpe de Estado, que no pone en juego el destino de la revolución, insistirá, en cambio,*

⁸ Los artículos que *Crisis* dedica al golpe de Estado están plagados de episodios sangrientos. Pero no siempre se los relatará con la misma frialdad. La siguiente descripción del asesinato del músico y cantante Víctor Jara, por ejemplo, no está exenta de cierto melodramatismo: «Víctor Jara, una de las principales voces de la canción chilena, fue asesinado en los camarines del Estadio Chile. Los militares le habían destrozado las manos a golpes de culata, porque Víctor Jara encendía el ánimo de los presos cantando y batiendo palmas. Lo tirotearon en las piernas y lo dejaron desangrarse. “Cantá ahora”, le decían, “a ver si ahora cantás”». (IX, 32).